

tamos simplemente á consignar, sin admitir bajo ningun concepto la idea vertida por algunos escritores de instar los monjes la instalacion de aquel tribunal como un medio de venganza.

Se nos resiste creerlo y lo rechazamos por lo mismo en nombre de la religion y de la humanidad.

Y sin embargo aquel misterioso y terrible tribunal sembró la consternacion y el espanto en aquel pueblo como en todos los de España. Es incalculable el número de víctimas que allí sucumbió.

Dios, en su inmensa sabiduría, haya juzgado á los jueces teniendo en cuenta su estraviado celo!

Y ahora, si con colores sombríos nos hemos visto precisados á bosquejar una de las épocas de Guadalupe, en justo y debido homenaje á la verdad histórica, la misma imparcialidad nos impele á consignar en estas pájinas lo que deben al monasterio la virtud, la civilizacion y la humanidad.

En efecto, Guadalupe tiene grandes derechos á los elojios de la historia. Varones justos y probos han poblado en diversos tiempos su recinto subiendo á la cátedra del Espíritu santo para desde allí arrojar sobre la multitud reunida, como un puñado de semillas sobre una tierra fértil, las máximas divinas del divino evangelio.

Gran parte de las rentas del monasterio se aplicaban á la riqueza del templo y á los filantrópicos establecimientos que sostenia bajo su dependencia.

Eran estos un colegio gratuito, cuyos alumnos se hallaban clasificados en esternos y seminaristas; dos hospitales de ambos sexos con su correspondiente botica, médicos y número ilimitado de camas, y una casa de niños expósitos, en que hasta la edad de siete años se les imponia en los primeros rudimentos de educacion.

Todavía mas. Tenia señaladas innumerables pensiones que libraban á no pocas personas de los horrores de la indijencia, consolaba sus padecimientos de cualquier especie que fuesen, y aliviaba al peregrino, á la viuda, al huérfano con socorros superiores á su necesidad y con cuantiosas limosnas.

Esto habla tambien muy alto al corazon, cuando es un corazon que no olvida y que cree!



## MONSERRATE.

(CATALUÑA.)

### I.

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA.



RA un santuario universalmente célebre el de Monserrate y poseían en él una hermosa joya los Benedictinos!..

Ya otra vez, y en una obra particularmente escrita para recordar sus preciosidades, hemos hablado estensamente de su historia, de sus tradiciones, de su importancia en los siglos. Aquí es mas breve el lugar de que podemos disponer y por consiguiente tendremos que ser mas cortos.

Será pues preciso contentarnos con decir en extracto lo que allí esplicamos dejando libre campo y dando libre vuelo al pensamiento. Añadiremos empero algunas noticias y detalles de que nos hallá- bamos faltos cuando dimos á luz la obra á que nos referimos.

Un día el sol se oscureció, asomaron las trémulas estréllas en el cielo, estremeciósse la tierra en sus cimientos, cayeron las paredes de los edificios, rodaron animadas las piedras, rajáronse los peñascos, salieron los muertos de sus sepulturas y, estremecidos bajo los pliegues de sus sudarios, interrogaron el espacio con sus ojos sin pupila.....

Era que el Hombre-Dios moría en el Gólgota y que á su postrer suspiro en la cruz contestaba el mundo con su grito de agonía.

Montserrat solo, el monte catalan, no se contentó con estremecerse; quiso llévar eternamente el luto por la muerte del Criador. Sus elevadas cumbres se dividieron, abriéronse en su seno profundos abismos, el monte todo se separó en piezas, y desde entonces, Briareo de cien brazos, en cada roca aislada, en cada pirámide solitaria, en cada grieta inmensa, dejó hasta la consumacion de los siglos un testigo de su dolor.

Dios en cambio alfombró aquellas áridas rocas con todo el lujo y opulencia de la mas robusta vejetacion.

Piensen otros lo que quieran. Crean unos en buen hora que esa caprichosa division de riscos se debe á un volcan, crean otros hijo su origen del diluvio. Á nosotros, poetas cristianos, nos place admitir la tradicion citada. Puede haber acaso otra mas poética y mas santa?

Los apóstoles partieron á predicar por todos los ámbitos del mundo las máximas de una doctrina regeneradora, santos y piadosos varones les sucedieron en su mision, la tierra se pobló de mártires, y las catacumbas romanas oyeron resonar bajo sus bóvedas oscuras los cantos religiosos de los cristianos.

El imperio de Roma la pagana cae un dia con estrépito y sobre la cúpula de su capitolio asoma la enseña salvadora de la cruz.

Entonces, como rayos que parten de un sol, se vé á hombres diversos dirigirse á todos los países guiados por la fé y protegidos por la esperanza. Predican la doctrina de Cristo y tras de cada una de sus huellas nace un templo.

Aquella fué la época en que los discípulos de Severo y de Benito sembraron Cataluña de iglesias y conventos.

El monasterio de Monserrate fué uno de ellos.

Quiricio, uno de los monjes de San Benito, fué el que determinó fabricar el monasterio precisamente en el sitio donde se decia que habia existido un templo de Venus. Monserrate se fundó dos años antes que Theudia, el asesino de Amalasueta, bajara al sepulcro, y veinte años antes de que un rey godo

de Cataluña fuera el primer rey de España en usar insignias reales, en vestir la púrpura y en comer en mesa separada de sus vasallos.

Vacilan los autores en asegurar cual fué el sitio en que estuvo situado el primer monasterio de Monserrate, pero todas las probabilidades se pronuncian por Monistrol, pueblo situado aun en el dia al pié de la montaña. Para ello buscan la etimología en el nombre: *Monasteriolum* (monasterio pequeño) — *Monasteriol* — *Monistrol*.

Despues de los romanos habian venido los godos, pero, ay! despues de los godos vinieron los moros.

El conde Don Julian para vengar á su hija deshonrada por Don Rodrigo, abre la puerta de España á los ejércitos sarracenos que se precipitan como torrentes. Ocho dias de batalla en las orillas del Guadalete concluyen con la desaparicion de Don Rodrigo y la derrota del ejército godo.

Lérída saqueada, Tortosa vencida, Tarragona incendiada, advierten á Barcelona la llegada de una bandera desconocida, de un ejército innumerable y de unos hombres estrañamente vestidos que lanzan sus gritos de guerra en un lenguaje estraño de nadie comprendido.

Los templos van á ser convertidos en mezquitas, las ciudades en serrallos, las mugeres en esclavas.

Cataluña arroja un grito supremo de angustia, y las voces unidas de las vírgenes del Señor suben en coro á las plantas del Eterno. Los sarracenos se acercan y las esposas de Cristo prefieren ser tragadas por la tierra antes que perder su vestidura de pureza.

Sus votos son oidos.

La mayor parte de los conventos desaparecen, y es fama en Cataluña que por espacio de cuarenta años los árabes, dueños de la España tarraconense, oyen bajo tierra y en el sitio donde se levantaban los templos, la voz de las campanas que llaman al *Ave María* y los cantos de las religiosas que entonan la *Salve*.

Barcelona se defiende aguerrida mientras los ministros de Dios esconden en los antros de las montañas las imágenes.

Los templos que no sirven á los moros ni para mezquita de creyentes ni para cuadra de caballos, son arrasados hasta en sus bases ó entregados á las llamas.

Tal es la suerte de Monserrate.

Los catalanes, perdidos por la deshonra de una Lucrecia, recurren á la espada del hijo de una concubina.

Carlos Martel les promete apoyo, pero antes debe arrojar de su país á los infieles que, á su vez, se lo han invadido. Los catalanes asisten en gran número á la batalla dada por Carlos bajo los muros de Tours, y donde queda por suyo el campo en el que yacen tendidos setenta y cinco mil agarenos.

*Mucho matar es!* esclama uno de nuestros mas cándidos cronistas al citar el número de muertos de esta batalla.

Cumple Carlos su palabra y entra en Cataluña, pero despues de señaladas victorias obtenidas contra los moros, le llama á otro punto la rebelion de Sajonia que pugna por escapársele.

Entonces es cuando reunidos, al son de la trompa guerrera de Otjero, entran en Cataluña los nueve barones de la fama, y empieza toda esa guerra de Titanes que minuciosamente nos detallan nuestras crónicas catalanas.

Cuatro veces es perdida y recobrada Barcelona; en una de las primeras se apoderan los caballeros catalanes de la montaña de Monserrate, y cinco castillos elevan en poco tiempo las crestas de sus almenas por encima las almenas de sus peñas.

En el día, Monserrate no guarda restos de ninguno de estos castillos.

Despues de los nueve barones vino Wifredo de Arria, primer conde de Barcelona. Despues de Wifredo de Arria, que valerosamente echó á los moros de Monserrate de donde segunda vez se habian apoderado, vino Wifredo segundo....

Y con Wifredo segundo, el de las barras ensangrentadas, vino el monasterio y su esplendor.

Veamos de que manera.

Corria el año del Señor 880.

Como nidos de golondrina en lo alto de las peñas, Monserrate solo contaba entonces cuatro ermitas de una de las cuales debia salir un día San Julio para ser obispo de Egara, como de una de ellas tambien debia salir mas tarde San Ignacio de Loyola para fundar la Compañía de Jesus.

Al caer de una plácida tarde de verano y cuando ya las sombras empezaban á envolver con sus negruzcos turbantes las rocas atrevidas de Monserrate, unos jóvenes pastores, algo retardados, se apresuraban orillas del Llobregat á recojer sus ganados para regresar á Olesa.

Una purpúrea claridad iluminó repentinamente el cielo, y parecióles ver que en un punto, el mas oscuro de la montaña, brillaban millares de luces como un grupo de monstruosas luciérnagas, en tanto que una tras otra se

desprendian del éter las estrellas y, frutas de fuego, iban á colgarse movedizas de las ramas de los árboles.

El prodigio no paró aquí; oyeron como ecos lejanos unos cantos peregrinos acompañados de una música suave y deliciosa, mientras que el espacio se poblaba con aromas y olores tan gratos como los recuerdos de la infancia.

En vano al llegar á Olesa contaron los pastores lo que visto habian y oído. Nadie supo dar crédito á sus palabras.

Siete dias habian bastado para borrar ó debilitar á lo menos en la memoria de sus mismos espectadores el espectáculo que presenciaron, cuando á la tarde del octavo dia repitióse el prodigio, siguiendo sucesivamente todos los sábados.

Los pastores entonces dieron aviso á un venerable eclesiástico, cura de Olesa, y por cuatro consecutivos sábados pudo el religioso varon oír la invisible música, resonar los celestes coros y ver caer las estrellas sobre una peña formándola una corona de brillantes.

Admirado el cura de caso tan estraño, quiso consultar con el obispo de Manresa (que allí estaba su sede por hallarse Ausona esclava de agarenos) y ambos fueron una tarde á colocarse cerca el lugar privilegiado y, bañados por una nube de odorífera fragancia, hasta las doce de la noche asistieron al espectáculo de la lluvia de estrellas, de los coros angelicales y de la invisible música.

A Gundemaro, el obispo de Ausona, ya no le quedó duda de lo que aquello le indicaba, y al reir el alba del domingo, como dice un cronista, todos los fieles en solemne procesion costeando las orillas del Llobregat llegaron á la falda de la montaña y buscaron el sitio de los prodigios.

Guiados por el aroma delicioso que los inundaba, y por los celestes cantos que débiles y lejanos resonaban como voces melancólicas de aquellos monstruosos órganos de granito, no tardaron en descubrir la boca de una cueva oculta entre la mas salvaje aspereza del monte.

En el interior de esta cueva fué hallada la Virgen.

Desacordes andan al llegar aquí los cronistas, pues dicen unos que se ignora completamente la procedencia de la Virgen, mientras que otros afirman y sientan que no era otra la Virgen hallada que la que trajo á España el apóstol San Pedro, obra de San Lúcas, venerada en la iglesia de San Justo y San Pastor, y escondida entre las breñas de Monserrate por el godo Erigonio y Pedro el obispo de Barcelona, cuando la traicion de Julian inundó la España de agarenos.

Sea como fuere, al hallazgo de la santa imágen cogióla en brazos Gundemaro y en solemne procesion de fieles determinó trasladarla á Manresa; pero despues de haber vencido no pocas dificultades de la montaña y haberse abierto paso por entre las escabrosas peñas, llegaron todos á un sitio, donde hoy se levanta el actual monasterio, y en vano quisieron entonces seguir adelante.

Sus piés no acertaban á desprenderse del suelo como si en él hubieran clavado fuertes raices. La voluntad de la Virgen quedaba bien manifiesta. No queria abandonar la montaña y aquel era el sitio por ella escojido.

La multitud cayó de rodillas, y los ecos misteriosos de la portentosa montaña repitieron la primera *Salve* á la Virgen, cantada por los padres de una raza de héroes. Primer y casto tributo de adoracion á la que un dia debia sucesivamente ver de hinojos á sus piés á todos los reyes, recibir los dones de todos los potentados, y ser invocada en todos los campos de batalla por esas conquistadoras legiones de aguerridos catalanes, que, agrupados junto al pendon de las ensangrentadas barras, entonaban en coro, antes de principiar el combate, el *birolay* de Maria!

Una tosca y pobre capilla fué en seguida levantada en aquel lugar por los cuidados y solicitud del obispo de Manresa.

La Virgen de la montaña debió solo su primer templo á la gratitud de los fieles.

Como fué transformada esa capilla en monasterio, es toda una historia, la mas romancesca quizá de nuestras crónicas, la mas rara y original acaso de nuestras montañesas baladas.

## II.

### EL DIABLO SE HACE HERMITAÑO.

A la luz melancólica de la luna que fantásticamente ilumina todo ese caos de piedras que se llama Monserrate, un hombre pasea cotidianamente al borde de los abismos sin fondo que se abren junto á esos huracanes de peñas, junto á esas teorías de cicópleas catedrales, y al pié de esas agujas gigantes, que si parecen unas, en lo aisladas y solitarias, mudós y atentos centinelas sarracenos que vigilan envuelto el cuerpo en su almaleque y cubierta la frente en su almaizar, aseméjense otras, en lo unido y compactas, á una banda de nocturnos fantasmas petrificados entre los pliegues de sus parduzcos mantos al cruzar én su rápido vuelo por encima la montaña.

Viste este hombre el penitente flóculo, cáele hasta el pecho su poblada barba, y empuña su mano el cayado de los apóstoles y de los pastores.

Y quién es ese hombre ante el cual huyen las aves agoreras de la montaña, y á cuya vista la campana del milagro que cuelga de los dos pilares colocados ante la ermita de San Acisclo y Santa Victoria, toca por sí sola saludándole al pasar?...

Es Juan Garin el solitario, Juan Garin, el huésped de Monserrate, Juan Garin el penitente que á imitacion de S. Pablo el primer ermitaño, se ha labrado una vivienda de águila en una roca casi inaccesible y se ha subido á la cima de la montaña mas alta de Cataluña para de allí dirijir desde mas cerca sus oraciones á Dios.

Juan Garin abandona á veces su palacio de granito para ir á pié y descalzo hasta Roma que es ya la capital del orbe cristiano despues de haber sido el so-